

Dimensión y sentido de la Obra de Charles Moeller

Al decir dimensión, quiero significar extensión y profundidad. Extensión a todo lo ancho del humano afán. Profundidad, doble, esto es, hacia la altura y hacia lo hondo. O, para decirlo con palabras suyas: "profundidad de la gracia, por arriba, la del pecado por abajo" (*Liberté et vérité dans la critique littéraire*, p.159).

Pero, lo fundamental, es su sentido. En éste es donde quiero poner el principal acento. Trataré de dejar, suficientemente claras las sustanciales calidades literarias de la crítica realizada por Charles Moeller. Pero lo mejor de mi intento se centrará en explicar por qué la obra de este sacerdote belga ha conmovido tan hondamente la sensibilidad y la inteligencia del acontecer literario europeo de nuestros días.

Porque, esto es innegable, nos hallamos ante un caso excepcional.

Los sucesivos volúmenes de su obra son esperados con avidez y no decepcionan nunca. Y con razón.

Hasta ahora han aparecido en castellano, en una rica, flexible y bella traducción, debida a Valentín García Yebra y José Pérez Riesco, tres volúmenes. La obra completa comprenderá seis, y por lo que el autor anticipa, abarcará un conjunto de escritores de nuestros tiempos, de insoslayable influjo operante en el movimiento intelectual moderno. Las líneas valorativas ya están pautadas previamente por el autor y hasta públicamente anunciadas.

Ese procedimiento podría restar autonomía en la valoración de los escritores estudiados en virtud de la prefijada subordinación a un plan más vasto. Y hasta el hecho de insertarlos dentro de perspectivas de antemano trazadas, puede inducir cierto artificio en la crítica. Pero, sobre que se han orillado limpiamente ambos escollos, este método contiene las indudables

ventajas de la maduración profunda y consciente, junto con la amplitud de una visión panorámica en la que se revelan las interrelaciones influentes no sólo de los imponderables sobre cada escritor, sino las de éste en su mundo circundante y aun sobre los otros artífices de la palabra.

Comenzamos por declarar que Charles Moeller no se adelanta al campo de la crítica sin bagajes científicos. Trae una formidable preparación filosófica y teológica de la mejor ley, además de un prolongado y ágil entrenamiento en el difícil arte de la exposición.

Doctor en Teología por Lovaina a los 30 años, lleva ya más de 15 enseñando, primero en el Instituto de Saint Pierre y, más tarde, en la misma Universidad Lovaniense. Colabora en varias revistas de alta cultura religiosa y ha publicado algunos libros, con gran aceptación, que manifiestan una insistente preocupación en el autor.

Vigorosa diafanidad latina y precisión de expositor, avezado y seguro al servicio de una inteligencia ágil, clara y penetrante; densidad de pensamiento junto con una dinámica flexibilidad de estilo, y ese sexto sentido de la medida y la oportunidad en la utilización adecuada de los instrumentos expresivos, ingénito al escritor de lengua francesa, son algunos de los valores de mayor envergadura que justifican el éxito obtenido.

Está, además, la calidad artística de su prosa, que, en ocasiones, se arrebatada de lírico aliento y remonta las solitarias cimas de belleza por donde abren su fascinante vuelo los más altos estilos literarios de las obras por él analizadas.

Sin embargo, lo definitivo de esta obra, por lo que gana sin condiciones la adhesión, es que no se presenta su autor a la palestra crítica con una terca y raquílica postura sentenciadora, que podríamos traducir a escolástico silogismo en esta forma: la moral y la doctrina católica preceptúan esto; es así que los escritos, por ejemplo de Huxley, no lo cumplen, luego son definitiva y absolutamente rechazables. No, ni así caricaturizado ni su equivalente disfrazado de verbosas locuciones.

Esta, de localizar y anatematizar la falsedad y nocivo contenido de una

doctrina equivocada, es tarea que hay también que cumplir. Pero hay maneras y maneras, y primero está el empeño de obtener de sus propugnadores voluntaria rectificación.

Charles Moeller enfrenta la obra en su heterogénea complejidad y enfrenta a su autor todo entero, en las innumerables implicaciones de la vida, tan dolorosas a veces y oscuras, tan grávidas de apetencias inalcanzables o frustradas por ajena incomprensión.

Ch. Moeller busca orientar, comunicar aliento y salvar.

Y, para dar interna orientación, no hay más medio que tratar de comprender antes al que está en riesgo de perderse. Y querer salvarlo. Querlerle.

Por otra parte, un autor y su obra, aparecen inscritos en unas determinadas y complejas coordenadas ambientales, de las que aquellos son —querámoslo o no— cambiante función integradora y elemento incesantemente modificable. Con plástico realismo, Keats, el poeta inglés, nos define al mundo como "el valle donde se hacen las almas" ("valé of soul-making"), (cit. por G. Marcel, en "Etre et Avoir", éditions Montaigne, 1935, p. 292).

No podemos abstraer al escritor, al hacer crítica que merezca el esfuerzo de los datos circunstanciales que le tejen la urdimbre de su propia biografía.

Por ello, Charles Moeller estudia al escritor de nuestros días y a su obra desde un ángulo actual de visión completa, destacando en el cuadro total las condiciones presentes que actúan sobre la persona humana: el aparente silencio de Dios en nuestra época, la desesperanza cultivada como obsesiva anormalidad, las huellas horrorosas que ha marcado la guerra en cuerpos y almas, los tremendos problemas sociales sin resolver aún, las doctrinas materialistas, que envenenan el ámbito intelectual; más en singular, las taras psicológicas personales de muchos seres humanos, "crucificados por el sexo" (Julien Green, *Journal*, III, p. 219), y la adensada noche del sentido de la gracia que oscurece los caminos interiores del hombre de nuestro tiempo

Convengámos, pues, a la vuelta de

tantas discusiones, en que, para emitir juicio sobre el hombre, es preciso oírle toda su interior sinfonía, vertida en audibles sonoridades, en la que hemos de aprehender no sólo la peculiar vibración que en cada fugaz nota de la emoción del instante, y esa otra honda, intransferible sensibilidad del cantor modulando infinitos matices de tonalidad e interpretación, sino también las variaciones melódicas solicitadas por la cambiante magia del ambiente y del auditorio.

Tan absoluto es en Charles Moeller este propósito de abarcar al escritor incardinado en su mundo ambiental y en su paisaje propio, que prefiere plegarse a un segundo plano: "...es preciso oír a cada autor, con su voz auténtica, la que tal vez él mismo no oye jamás, pero que es percibida por sus hermanos los hombres como una llama hacia el futuro. Es preciso que se oyerá esta voz. Y no lo mía" (III, p. 26).

No es un dogmatizante, al juzgar, ni abstrae, al hombre, de sus circunstancias. Pero Moeller es sacerdote, es decir, un hombre que aceptó libremente la elección divina que le destinaba a transmitir a los otros el mensaje de la salvación. Por ende, no puede contentarse con advertir los factores que afectan la trayectoria personal de los autores que analiza. Lo que, sobre todo, anhela es hallar un punto de coincidencia. Algo común que inicie el diálogo. "El lector me permitirá una confesión: si hay algo que me preocupe, es descubrir los caminos secretos que comunican las verdades teológicas que encuentro en la Biblia, en los Santos Padres y en la liturgia, con esas verdades más directamente humanas que me son enseñadas por el testimonio literario de mis contemporáneos. El hecho de encontrar así, en la encrucijada de este libro, el mundo teológico integral unido a las experiencias más sinceras de algunos de los más grandes de este siglo, proporciona la alegría de la unidad" (I, p. 549). Y, como si hiciera eco al descubrimiento del protagonista de "Augustín ou le Maître est là", de Joseph Maléque, de que "la teología está vinculada a los zigzags de la historia" (O.c., I, p. 131), hace esta declaración: "A mí me parece haberme encarnado algunas verdades cristianas esenciales con la ayuda de las obras literarias contemporáneas" (I, p. 32). Y así dirá a Malraux y a Kafka:

ni esperanza sin tierra prometida ni tierra prometida sin esperanza, sino ambas indisolublemente ligadas.

Y siempre halla zonas de encuentro o, al menos, de tangencial afinidad entre el mensaje cristiano que trae en su misión sacerdotal y muchas de las vivencias íntimas expresadas por los escritores de su tiempo, que es el nuestro.

Su actitud, ante éstos, no es la del inaccesible maestro que vierte desde la altura solitaria sus infalibles enseñanzas y denuncia falsedades con fría precisión. Es mucho más humana, más comprensiva y más... sacerdotal. Y, por ende, la mejor para ser captada y acogida. Como Cristo, de quien es representante, emplea el lenguaje de los de su generación y explica las doctrinas salvadoras con metáforas de gusto actual. Jesús desentrañaba el mensaje del Reino con expresiones acomodadas a sus distintos auditorios. Charles Moeller desenvuelve el Evangelio de Dios a los hijos de este siglo en formas literarias del más genuino estilo moderno, incluso sirviéndose para ello de las mismas expresiones e ideas de los escritores a quienes analiza. Y les muestra, con inmenso gozo, cuán cerca están, sin muchas veces sospecharlo, de la salvación misma de Cristo. Casi al final de su clarividente y conmovedor estudio sobre Julien Green, el dos veces hijo pródigo definitivamente recobrado para la gracia, ha escrito Moeller estas bienaventuradas palabras: "...la fe nos habla de Dios. Esta fe es frágil, oscura... Pero al que la protege y la nutre así, cualesquiera que sean sus pecados, sus dudas, incluso sus extravíos, la luz le será dada. Será testigo de Dios. Estas son las palabras que yo digo, con alegría y ternura, a Julien Green" (I, p. 499).

Consecuente con su generoso afán de desvelar en los escritores contemporáneos afinidades sobrenaturales y de valorarlas, estudia con apasionada diligencia sus plurales aspectos, para poner de relieve aquellos que redimen al hombre de muchos pecados y tristes extravíos. En Camus ve la honradez desesperada; en la atormentada Simone Weil, además de su heroica caridad y de su "entrega a la desgracia del mundo", subraya las difíciles anomalías de su deformación religiosa,

los sufrimientos sin esperanza provenientes de complejos mal aclarados, y, tras decirnos sin atenuaciones que "el fondo del sistema de Simone Weil es una blasfemia ante la faz de Dios" (I, p. 339), concluye: "Pero ella fué mejor que sus teorías" (I, p. 348).

A Graham Green le denomina el mártir de la esperanza, a Bernanos, el profeta de la alegría. No quiero fatigar al lector multiplicando estos testimonios. Sólo añadiré que, cuando no advierte sino obstinada resistencia a la gracia de Dios, condena sin rodeos la doctrina y la actitud, pero salva al hombre y respeta el misterio de su responsabilidad. Es el caso de Gide. "Lo que nos entristece no es el hecho de que Gide sea hijo pródigo (lo somos todos), sino el que no haya vuelto a la Casa paterna". (I, p. 235). Las últimas palabras sobre éste ser "sediento de ternura y de simpatía", son toda una meditación para el crítico católico: "...Pero yo, más allá de los aparentes razonamientos de Gide, oigo su voz, esa voz única, que nadie puede olvidar, porque expresa la inquietud del pecador solitario. Si el hombre debe juzgar la obra, de Gide, el cristiano debe rezar por él". "Quien no haya pecado nunca, que le tire la primera piedra". (I, p. 237).

Así, este "agudísimo intérprete de los estados de ánimo de nuestra época" (L'Osservatore Romano, 2-VI-1957), pone su empeño sacerdotal en hallar, en las ideas de los escritores que juzga, semillas de Evangelio, y en sus personas, los valores que, en lo humano o en lo divino, o en ambos, ennoblecen y hasta redimen sus pobres vidas extraviadas. Sobre todo, si han amado mucho.

Gracias a esta actitud abierta e indulgente, pronto se inicia "el diálogo con los hijos de su tiempo" (III, p. 21). Conversa con ellos con sencillez y cordialidad acerca de los problemas radicales del hombre, y siempre tiene para ellos una palabra de aliento y de esperanza, y una inequívoca muestra de confianza en la parte mejor de sus almas.

(Continuará)

CARMELO SALVATIERRA, S. J.